dio de las disposiciones diversas de los concilios generales y particulares de la Iglesia, y de la necesidad de formar las ordenanzas diocesanas y vigilar sobre su lectura y cumplimiento. Hablamos así mismo de los medios directos para impulsar esta solicitud en los párrocos, á fin de precaver las faltas; de los medios económicos de una correccion privada, y tambien de aquellos que miran al sistema de las penas para los incorregibles.

El segundo punto se refiere á los medios que deben emplear los párrocos para que sus feligreses concurran con puntualidad á la explicacion de la doctrina cristiana: medios que no enumeramos, por estar expuestos allí sucintamente, pero que se extienden hasta procurar la cooperacion de las autoridades civiles, tan útil en ciertos casos.

De estos medios relativos á las personas, pasamos á tratar de los que se refieren á la predicacion misma, y al efecto hablámos en un capítulo de los diferentes géneros de instrucciones que los párrocos suelen dirigir al pueblo y de los medios de hacerlas provechosas, y tratámos en otro de la necesidad suma del método en las instrucciones doctrinales. Contrayéndonos al primer punto, nuestro deseo de ser útiles nos arrastró hasta el dominio de los retóricos, pues creimos que no seria fuera del caso decir una palabra sobre los caracteres generales y las especies diversas de la predicacion doctrinal.

En cuanto al último punto, no satisfechos con poner de bulto la suma importancia del método, quisimos hacer un elogio instructivo de nuestro catecismo manual, dando á conocer cuán útil será siempre tomarle por texto de estas instrucciones, sea cual fuere el carácter que se les dé. Nuestro catecismo, á semejanza del Evangelio, sobre cuya pauta está trazado, es al mismo tiempo el manual del sabio y el texto del pueblo.

Tales son las observaciones que nos ha parecido conveniente hacer á propósito de la doctrina, estimulados fuertemente por uno de los mas importantes deberes episcopales, y deseosos en alto grado de ver cundir y fructificar por todas partes, con la enseñanza constante y esmerada de la doctrina de Jesucristo, la doble semilla de la verdad y la virtud, y llenarse por la profesion de la una y la práctica de la otra las condiciones precisas bajo que ha prometido el Señor á los hombres la bienaventuranza.

PRELIMINARES.

DISERTACION SEGUNDA;

SOBRE LA

FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD

CONSIDERADAS EN SI MISMAS

Y EN SUS RELACIONES CON LA VERDAD ABSOLUTA, EL PODER MORAL Y EL BIEN INFINITO.

INTRODUCCION.

AL emprender la tarea que forma el objeto de la obra siguiente, de hacer una exposicion de la doctrina católica sobre los dogmas del cristianismo, no sin esperanza de trabajar sucesivamente todos los demas tratados que abraza en su conjunto esta santa doctrina, hemos querido prevenir su lectura con ciertos preliminares conducentes á inspirar un interes comun, á los eclesiásticos de enseñarla y á los fieles de aprenderla. El mejor medio para esto era dirigir una ojeada general sobre sus caracteres sublimes, para encarecer como es debido su excelencia; manifestar sus íntimas relaciones con el último fin del hombre, para ponderar su necesidad; y hacer ver cómo el inculcarla debidamente con toda la solicitud del verdadero celo es el primero y mas importante deber impuesto por Jesucristo á los obreros evangélicos, ministros de la palabra santa. Para desarrollar estos tres importantes conceptos, hemos escrito la disertacion precedente sobre la doctrina cristiana, considerada en sus excelencias propias, en la necesidad de saberla y en la obligacion de enseñarla. Pero no hemos quedado satisfechos con esto solo, para proceder sin otro preliminar á la exposicion de las verdades que debemos creer; porque entre estas ideas generales y la primera palabra del Símbolo hai un espacio que no nos ha parecido conveniente salvar. Es necesario tener presente

que la exposicion de los dogmas católicos presupone ya en el alma esas virtudes infusas que nos hacen creer en Dios como en infalible verdad, esperar en Dios como en poder infinito, amar á Dios como al sumo bien: triple homenaje con que los católicos se distinguen de los que no lo son; triple lazo con que se hallan unidos en la tierra el órden natural y el órden sobrenatural. La fe, la esperanza y la caridad, consideradas en sí mismas, en sus objetos y relaciones mas esenciales, son tres virtudes en cuyo conocimiento descansa el de todos los objetos que en sí tienen. Los objetos de la fe son los dogmas del cristianismo: el asenso que á ellos tributamos, es la creencia católica: mas la creencia, que es la accion de la fe, y los dogmas, que son las cosas creidas, no son la fe misma, y lo mismo respectivamente debemos decir de la esperanza y de la caridad. Si pues en la disertacion precedente hablámos de la doctrina, y esta es cosa diferente de las tres virtudes dichas; si en la obra que sigue vamos á tratar de la creencia y de los dogmas, y ni la una ni los otros deben identificarse con aquellas virtudes, es claro clarísimo que no podriamos dejar de exponer la doctrina católica sobre la fe, la esperanza y la caridad consideradas como virtudes infusas, sin privar á nuestros lectores de un antecedente indispensable, para estudiar con mayor aprovechamiento los dogmas de la religion.

He aquí porqué, despues de haber hablado en general de la Doctrina católica en la disertacion primera, con el fin de manifestar cuánto se interesan en su adquisicion la perfeccion moral y la felicidad eterna, y estimular de esta suerte á los fieles para que la estudien, mediten y guarden, hemos querido escribir esta segunda disertacion acerca de la fe, la esperanza y la caridad, ántes de proceder á fijar los caracteres y manifestar los diferentes objetos de la creencia católica.

El hombre, obra maestra del Creador, pues que ha sido hecho á su imágen y semejanza, y colocado por él al frente de este universo visible para que le gobernase á su nombre, tiene dos potencias que absorben, digámoslo así, todo su ser, y que le ponen en relacion íntima con los cielos y la tierra; estas potencias son el entendimiento y la voluntad: tiene por objeto el entendimiento la adquisicion de la verdad; tiene por objeto la voluntad el amor del bien. Mas el entendimiento puede ser engañado y la voluntad seducida, y un extravío semejante llena de errores al primero, de miserias y desdichas á la segunda: triste degeneracion del

hombre, cuando abandona sus caminos, y marcha sin guia ni apoyo por los senderos de la vida humana. Nunca dejó de existir esta funesta posibilidad, y la mejor prueba de ello es el pecado de nuestro comun padre; pero desde que la primera culpa fué consumada, el hombre quedó herido de muerte: sus facultades degeneraron del todo, la carne corrompió sus caminos, como se explica el Génesis, y el que ántes dominara con la inteligencia todas las cosas visibles y pudiera encumbrarse hasta las regiones de lo invisible, no fué ya dueño de sí mismo; perdió la brújula y el lastre, digámoslo así, y empezó á bogar sin guia ni acierto en el insondable y vastísimo piélago de las pasiones. ¿Qué resultó de aquí? cuarenta siglos de tinieblas, de errores, de corrupcion y de miseria. Despues de una época tan dilatada, de tan constantes, tristes y costosas experiencias, la impotencia del hombre no debia ser cuestionable ni ponerse tampoco en duda la necesidad en que se hallaba de buscar en un órden enteramente sobrenatural así la luz que habia de disipar sus tinieblas, para descubrir la verdad y encontrar el verdadero bien, como la virtud interior que, restaurando en el alma su vigor perdido, habia de comunicarle la fuerza necesaria para dominar sus pasiones en pro de la virtud. He aquí la obra de la fe tal como Dios la comunica, y cómo ha de ser poseida para que sea perfecta. La fe en este sentido es la vida del justo, como se explica San Pablo, es la victoria que se enseñoréa del mundo, como lo enseñaba San Juan; porque la fe vista en toda su integridad, no solo cree, sino tambien espera y ama; no solo es luz, sino tambien seguridad y goce: la fe de esta suerte abraza íntegramente la esperanza y la caridad, así como sin ella está muerta en sí misma, como al propósito lo explicaba el apóstol Santiago. He aquí pues el don de Dios, y con él una luz que nos manifiesta la verdad absoluta y divina; una fuerza que nos vigoriza con la esperanza de los bienes eternos contra el doble poder de la seduccion y del temor con que nos tientan las cosas temporales, un camino seguro para vivir segun el espíritu, y no segun la carne, para llegar á Dios despues de haber caminado por él: es decir, que con la comunicacion de la fe nos han venido al mismo tiempo la esperanza y la caridad, y con estas tres virtudes hemos hecho la magnífica reconquista de la verdad, del poder y de la felicidad.

No creemos necesario añadir otra cosa ni para poner mas en claro lo mui conveniente que es prevenir la lectura de nuestra Exposicion de la Doctrina católica sobre los dog-

mas de la religion con las nociones preliminares que ahora vamos á dar sobre la fe, la esperanza y la caridad, ni para relacionar estas tres virtudes con la verdad absoluta, el poder moral y el bien infinito. Réstanos tan solo decir una palabra sobre el plan que nos hemos propuesto seguir en toda esta Disertacion.

La dividirémos en tres artículos, que tratarán: el primero, de la fe y la verdad; el segundo, de la esperanza y el poder moral; el tercero, de la caridad y el bien infinito.

Qué cosa sea la fe, cuántos sean sus modos de existir en el alma, y bajo cuántos respectos pueda considerarse; doble infalibilidad de la fe por la certidumbre de sus motivos extrínsecos y la infinita veracidad de Dios, que es el autor de la revelacion; oscuridad intrínseca y mérito consiguiente de la fe; sus condiciones morales ligadas á la necesidad de conservarla, y sus medios de conservacion fundados en la gracia que la comunica y la sostiene; relaciones de la verdad con la fe; doble forma de la verdad en el alma; armonía de la fe con la inteligencia y prodigiosa fecundidad consiguiente á esta concordia: tales son los puntos que nos proponemos tocar en el artículo primero.

Hablando de la esperanza, no tendrémos que hacer sino un ligero progreso; porque la esperanza nace de la fe y en ella vive, siendo una consecuencia forzosa el que tiene, lo mismo que la fe, motivos ciertos puestos al alcance de la razon, seguridad plena fundada en la veracidad y el poder de Dios que nos ha prometido los bienes que esperamos, misterio y oscuridad en sus objetos, necesidad de profesarla para salvarse, y gracia que la comunica y sostiene. No harémos por tanto en el artículo segundo mas que definirla, indicar sus objetos, caracterizar su accion, y poner en claro sus relaciones íntimas con el poder moral.

De la esperanza debemos pasar á la caridad, virtud alta y sublime, fuera de la cual todo es debilidad, todo es pecado, todo es muerte. Esta virtud es la mayor de todas, como lo decia San Pablo, la única, entre las teologales, cuya vida, comenzando en la tierra, sube con el justo á los cielos para vivir en la eternidad: porque la fe desaparece ante la vista de la verdad en sí misma, que es Dios; y la esperanza termina en el goce de Dios, pues deja de esperarse una cosa desde que empieza á poseerse: en consecuencia, la caridad corona magníficamente las otras virtudes. Dar la nocion católica de la caridad, mostrar sus grandes objetos, indicar sus motivos, fijar sus caracteres, apreciar y señalar sus grados, poner á la vista sus relaciones íntimas

y esenciales con el verdadero bien: he aquí el órden que seguirémos en el último artículo de esta disertacion, destinado como se ha visto, á tratar de la caridad.[1]

ARTICULO PRIMERO.

LA FE Y LA VERDAD.

La verdad puede considerarse en sí misma y en el hombre: en sí misma tiene una existencia independiente, absoluta é infinita: en el hombre tiene una existencia dependiente, relativa y limitada. Mas el hombre, por una lei de su naturaleza, tiende con su razon á la verdad en todo sentido, y ha menester, por lo mismo, de reunir y poner en práctica todos los medios conducentes á la adquisicion de la verdad en el mas alto grado que le sea posible. Ahora bien, los dos grandes conductos de la verdad son la razon

1 *Nota mui interesante.*—Todo el fondo de esta Disertacion, exceptuando los capítulos VII y VIII del artículo primero, y el último del tercero, están literalmente tomados de una obra que en el año de 1844 comenzámos á publicar bajo el título de *Curso de Jurisprudencia universal.* En el tomo tercero, que trata de las obligaciones para con Dios, y que tambien publicámos por separado, bajo el título: *Del culto considerado en sí mismo y en sus relaciones con el individuo, la sociedad y el gobierno,* hablámos de la fe, la esperanza y la caridad como partes constitutivas del culto. Ahora bien, como el Curso de Jurisprudencia quedó sin concluir por circunstancias que no nos detendrémos á expresar, nos propusimos refundir los tres tomos publicados en algunas obras especiales. Consiguientes á este propósito, publicámos bajo el título de *Estudios fundamentales sobre el hombre* los dos primeros tomos; algo tomámos, aunque mui en extracto, para nuestra obra *Del Derecho natural en sus principios comunes y en sus diversas ramificaciones;* y ahora refundirémos, como se ha dicho, las nociones fundamentales sobre la fe, la esperanza y la caridad. Fácil nos hubiera sido exponer la doctrina sobre estas mismas virtudes, cambiando la redaccion, y aun presentando nuestra Exposicion bajo una nueva forma; pero lo creimos excusado tanto mas cuanto que en obras de esta clase lo que principalmente se busca, no es la novedad y la forma, sino la exactitud, método, claridad y verdad: ni en esto es posible decir sustancialmente sino lo que ya se ha dicho. Por otra parte, al refundir aquellos tratados nos hemos propuesto suprimir el *Curso de Jurisprudencia* en la coleccion de nuestras *Obras diversas,* por no haberla concluido ni tener el ánimo de concluirla.

y la revelacion: la verdad reconocida por la primera mediante un descubrimiento suyo, forma el *convencimiento;* la verdad adquirida por la segunda mediante una manifestacion divina, constituye la *fe.* Colígese de aquí, que solo aquel que cuenta con la razon y la fe, puede acercarse á la verdad absoluta é infinita; pero el que solo quiere limitarse á la razon, conseguirá cuando mucho una verdad relativa y limitada. Nace de aquí la importancia de la fe. Mas aunque esta sea, no una conquista, sino una soberana de la razon, tiene todos los caracteres extrínsecos que bastan para producir el convencimiento y derramar la evidencia sobre los motivos de credibilidad; y como á pesar de la evidencia de estos motivos, la fe nunca pierde su carácter intrínseco, que es el misterio, su profesion es siempre un mérito, su conservacion presupone un socorro divino, y su existencia es una condicion de felicidad. Infiérese de aquí, que la posesion de la fe le comuica al hombre la verdad absoluta, da un carácter positivo á la creencia, y ofrece resultados seguros é infalibles á la fidelidad en ella. He aquí un órden de ideas mui natural, que facilita por sí mismo el desarrollo de las nociones católicas acerca de la fe considerada en sí misma y en sus relaciones con la verdad. Nocion católica de la fe; certidumbre de sus motivos; oscuridad intrínseca; mérito; gracia de apoyo y fecundidad; necesidad absoluta; efectos de la fe en la razon; verdad absoluta mediante la fe; seguridad moral que de ella nace: tales son los puntos que van á ocuparnos en este primer artículo.

CAPITULO I.

NOCION CATOLICA DE LA FE.

Esta palabra *fe,* derivada de la voz latina *fides,* corresponde á las acepciones de creencia, confianza, persuacion. Estas acepciones tienen una idea comun, y es la firme adhesion del alma á una cosa que reconoce por verdadera. Nadie se persuade, ni confia, ni cree lo que no tiene por verdadero; pero cuando la verdad de una cosa le es notoria, por cualesquiera medios que se suponga, le presta un asenso fuerte, irresistible, y adopta sin desconfianza todas las consecuencias naturales é infalibles de la verdad que reconoce. El hombre tiene en general dos medios para llegar al conocimiento de una verdad; conviene á saber, el convencimiento propio, ó la autoridad agena. El uso recto de los sentidos, el testimonio de la conciencia, el análisis intrínseco del objeto por una aplicacion metódica de las facultades intelectuales, nos llevan á reconocer por nosotros mismos ciertas verdades que vemos, que tocamos, que sentimos ó percibimos clara y distintamente, ya por una intuicion intelectual, ya por una induccion bien sostenida.

Pero hai ciertas verdades que no podemos deber á nuestras propias convicciones, que se nos trasmiten por el testimonio de otro, y que nos ponen por tanto en la alternativa de descansar en la autoridad agena, ó de renunciar absolutamente á su adquisicion. En el primer caso el hombre cree lo que ha visto por sí mismo, lo que ha percibido con su propia inteligencia; en el segundo cree lo que no ve pero tiene por verdadero, atendido el valor del testimonio. Lo primero forma el convencimiento, lo segundo constituye la fe. Resulta de lo expuesto, que la fe, en su sentido mas lato, es el asenso firme de nuestro entendimiento a las verdades que se nos trasmiten por un testimonio que á nuestro juicio es irrecusable.

El testimonio que apoya nuestra creencia puede ser el de los hombres ó el de Dios; y por consiguiente, nuestra fe puede referirse á los primeros ó al segundo. En el primer caso es puramente humana, en el segundo es divina. En este último sentido nos proponemos hablar de ella.

La fe divina tiene un sentido pleno y universal, y un sentido estricto y particular: los fijarémos desde luego, para obviar muchas cuestiones de nombre que traen su orígen de esta falta de discernimiento. Creer en Dios es reconocer la verdad suma de su testimonio, la infalibilidad de sus promesas y sus derechos á ser obedecido; y obrar de acuerdo con esta creencia, es profesar su doctrina, esperar el cumplimiento de sus promesas y obedecer con fidelidad sus preceptos. Cuando concurren en el individuo todas estas cosas se dice, y con justicia, que posee la fe en toda su plenitud y uniformidad. Cuando dirigimos nuestras facultades á un punto determinado entre los varios que comprende la fe en general, esta palabra recibe una acepcion particularísima y siempre análoga á su respectivo objeto. Hecha esta explicacion, notarémos desde luego las mas comunes

acepciones de esta palabra, y fijarémos en seguida las consecuencias naturales que de aquí se deducen.

Ya se ha notado que la fe divina en toda su extension envuelve la profesion de los dogmas, la confianza en las promesas, y la obediencia á las leyes; pero cuando se refiere en particular á uno de estos tres puntos, deja de considerarse bajo su aspecto general. Bajo el primer aspecto, la fe es el todo, porque abraza la verdad, el poder y la felicidad; bajó el segundo, la fe es una parte. Cuando San Pablo dice á los hebreos, que Abraham creyó á Dios y que la fe se le reputó para su justicia; [1] cuando elogia la fe de los justos de la lei antigua; cuando el apóstol San Juan considera la fe, como la verdadera victoria, la que pone á nuestros piés el mundo todo; [2] cuando se dice que la fe es la que nos ilustra, nos sostiene y nos salva; en suma, cuando se considera á la fe como el principio, el medio y la consumacion de nuestra perfeccion y felicidad, esta palabra *fe* comprende nuestra creencia, nuestra confianza y nuestra conducta, esto es, la fe, la esperanza y la caridad. Mas en el otro caso se refiere solo á la sumision de nuestro entendimiento á las verdades reveladas. En este sentido el mismo apóstol San Pablo, enumerando las tres virtudes dichas, da la superioridad absoluta á la caridad sobre la fe y la esperanza: [3] en la misma inteligencia discurre cuando dice, que aun cuando él tuviese una fe que bastase á penetrar lo futuro, á remover y trasladar las montañas, de nada le serviria por cierto, si no contase al mismo tiempo con la caridad. [4] La fe pues en este sentido estricto se define comunmente: *una virtud sobrenatural y teológica, por la cual creemos cuanto Dios nos ha revelado, porque es la verdad misma.* La fe, así tomada, puede hallarse unida con la caridad, ó separada de ella. En el primer caso San Pablo la califica de viva; en el segundo Santiago la califica de muerta. En el primer caso se acompaña con la gracia santificante, porque la verdadera caridad, léjos de ser una obra exclusiva de la naturaleza humana, no puede existir jamas sin el concurso de esta gracia: en el segundo, concurre con el pecado mortal; porque ya se sabe que el que no tiene caridad, ha perdido la gracia, y no se halla en un estado tan infeliz sino por la perpetracion de una grave culpa contra la lei. Estos dos

1 Heb. cap. XXI.
2 Cap. V, vers. 4.
3 I. Cor. cap. XIII, vers. 13.
4 Ibid. vers. 2.

estados del hombre con relacion á su fe, enteramente análogos á los dos anteriores, han servido á los teólogos de fundamento, para establecer una division semejante á la que acabamos de ver; pues califican de *formada* la fe que se une con la gracia santificante, y de *informe* la que se halla en el hombre que está en pecado mortal.

La fe, como todas nuestras convicciones, la doctrina revelada, como todos nuestros conocimientos naturales, tienen dos modos de existir en el alma: uno de ellos corresponde á ese depósito de conocimientos que se conservan en nuestro entendimiento constantemente, aun cuando no pensemos particularmente en alguno, ó absolutamente en ninguno; y el otro corresponde al acto en que, ofrecido el caso, hacemos uso de nuestras noticias, nos servimos de nuestras creencias y de nuestras convicciones para conseguir el fin particular que en tal caso nos proponemos. La fe considerada bajo el primer aspecto es *habitual*, bajo el segundo se califica de *actual*.

Un hábito es y será siempre una disposicion cuasi natural, ó una facilidad suma para hacer alguna cosa. Esta disposicion y facilidad puede ser el resultado de la simple naturaleza, ó de sola la gracia, ó de una y otra reunidas. El hábito de discurrir, de hablar con elegancia, de ejercer una profesion ó un arte cualquiera, podrá ser un resultado neto de las disposiciones naturales largo tiempo ejercitadas con exactitud y provecho; pero un conocimiento sobrenatural, una disposicion feliz para someter la razon á los misterios mas impenetrables, no es ni puede ser jamas obra exclusiva de la naturaleza. La *fe habitual*, por lo mismo, no puede considerarse nunca, sino como la obra exclusiva de la gracia, ó de ella correspondida fielmente por la naturaleza. Mas como esta correspondencia supone que nuestras facultades internas han llegado á aquel punto de desarrollo en que ya somos capaces de practicar actos humanos, esto es, actos preparados por una inteligencia plena, y verificados con una libertad absoluta; como la fe habitual existe desde que el hombre se incorpora en el seno de la Iglesia; y como este por algun tiempo es incapaz de los referidos actos; nos vemos en el caso de reconocer que hai una fe habitual derivada inmediata y exclusivamente de la gracia, y otra sostenida juntamente por el don de la gracia y la frecuencia de los actos humanos, verificados en este propio sentido: la primera es un efecto inmediato del bautismo, y por eso se llama *infusa;* la segunda es un fruto de la correspondencia á la gracia por medio de los actos repetidos, y esta circuns-

tancia nos hace considerarla como *adquirida*. He aquí el motivo porque los teólogos han distinguido la fe habitual en *infusa* y *adquirida*.

En cuanto á la fe actual, conviene hacer una distincion importante, que se deriva del número y las consecuencias inmediatas de los artículos que el dogma comprende. No podriamos, sin faltar á la fe, rehusar nuestro asenso á uno solo de estos dogmas, á una sola de sus consecuencias legítimas; pero tampoco es necesaria la profesion individual y terminante de todos y cada uno de estos artículos y sus respectivas consecuencias, para que se entienda que les prestamos nuestro asenso. Resulta de aquí, que las profesiones de fe, ó contienen actual y distintamente todos y cada uno de los artículos dogmáticos y sus consecuencias, ó tan solamente algunos en particular, quedando comprendidos los otros en una expresion general. La primera se llama *explícita*, la segunda *implícita*. La fe implícita es pues el asenso general á todos los dogmas y sus consecuencias, aunque no se perciban distintamente. La fe explícita es la manifestacion terminante de nuestro asenso á las verdades reveladas, conocidas con claridad y profesadas con distincion.

Hasta aquí hemos considerado la fe con relacion á los dogmas, en cuanto son conocidos y profesados por el hombre; pero debe notarse, que otras veces se toma esta palabra como sinónima de *doctrina*, y comprende solo aquello que debemos creer. Así pues, cuando San Pablo dice: *evangelizar ó predicar la fe, obedecer á la fe, renegar de la fe*, &c. &c., habla especialmente de la doctrina de Jesucristo.

Hemos dado una idea de la naturaleza de la fe, y recorrido la serie de sus mas comunes y usuales acepciones. Al proceder de esta manera, nos hemos propuesto fijar y distinguir perfectamente las ideas, con el objeto de establecer con precision y claridad las consecuencias naturales que se derivan de la misma nocion que nos formamos acerca de la fe. Las cosas sobrenaturales y misteriosas que creemos en consecuencia de la revelacion, exceden con mucho la medida de nuestra natural inteligencia, y son, por lo mismo, oscuras para nosotros; pero las razones ó motivos que determinan con tal fuerza nuestro asenso en favor de estas verdades, son tan claros y concluyentes, que no podriamos proceder de otra manera, sin rebelarnos en cierto modo contra nuestro propio entendimiento. Mas no porque sean tan evidentes los motivos de nuestro asenso, deja de ser meritoria nuestra sumision á las verdades reveladas: porque cuando hai sacrificio hai mérito, cuando hai violencia hai sacrificio; y el entendimiento, propenso naturalmente á distinguir y clasificar los objetos que se le proponen como verdaderos, y sujeto al mismo tiempo á no dar un solo paso en el órden sobrenatural, sufre una violencia, hace un sacrificio y contrae un mérito positivo. Este estado de violencia, las propensiones naturales á resistir, el deseo que forman las pasiones de borrar hasta los últimos vestigios de estos dogmas que las enfrenan con el temor, y por último, la libertad humana, que de ordinario se extravía en la eleccion de los medios, y comunmente se rebela contra las inspiraciones de la doctrina evangélica, bien claramente descubren que la conservacion de la fe viene á ser imposible, si no concurren á ella la gracia y la naturaleza. Consideramos pues, como otras tantas consecuencias de la nocion de la fe, primero, la evidencia de sus motivos: segundo, la oscuridad de su objeto: tercero, el mérito de su profesion: cuarto, la gracia que la sostiene y fecunda: quinto, la necesidad que la impulsa en el órden compuesto de la naturaleza y de la gracia.

CAPITULO II.

CERTIDUMBRE DE SUS MOTIVOS.

Los motivos que nos determinan irresistiblemente á creer lo que Dios ha revelado y su Iglesia definido, consisten en el conocimiento claro y distinto, en la evidencia perfecta que mediante el uso de un buen criterio llegamos á tener acerca de la existencia y verdad de las cosas reveladas por Dios ó definidas por la Iglesia. La infinita veracidad de Dios, y la infalibilidad de la Iglesia en cuanto nos propone sobre el dogma y la moral, nos persuaden competentemente del derecho con que la lei exige una perfecta sumision de nuestro entendimiento á la fe. Si Dios no puede engañarse ni engañarnos; si la Iglesia es infalible en cuanto propone sobre dogma y moral, no necesitamos por cierto de otra cosa para someternos, que adquirir una certidumbre plena sobre la existencia del hecho. ¿Dios ha hablado? ¿la Iglesia ha definido? He aquí los puntos de cuestion, y lo que nos es permitido investigar menudamente con todos los recursos de un buen criterio. Si á causa de su recta aplicacion llegamos á poseer la certidumbre del hecho, obrariamos con la mayor inconsecuencia, si pretextando la oscuridad y el misterio de las cosas reveladas y definidas, les rehusásemos

nuestro asenso: pues para esto seria necesario negar la infalibilidad de Dios, ó sostener que puede engañarse y engañarnos, á pesar de ser infalible: negar la existencia del hecho, ó sostener que á pesar de la evidencia con que se demuestra, debe siempre considerarse como una fabulosa impostura. Para negar la infalibilidad de Dios, es preciso marchar al ateismo, porque un Dios falible es un Dios finito, un Dios imperfecto, un Dios contingente; y un Dios de tal naturaleza ni aun concebirse puede, como largamente lo hemos demostrado. [1] Para creer que, no obstante su infalibilidad, puede engañarse ó engañarnos, es indispensable perder el juicio; porque solamente un loco puede considerar como igualmente verdaderas é idénticas, en toda la extension de la palabra, dos proposiciones contradictorias. Para creer que la Iglesia es falible, se necesita nada ménos que desconocer su mision divina, ó sostener que á pesar de la infalibilidad que le ha prometido Dios para todos los siglos, puede engañarse ó engañarnos; dos cosas igualmente imposibles desde que se tienen las ideas de hecho y de derecho que sirven de principio á estas grandes cuestiones.

Resulta de lo expuesto, que tenemos una perfecta certidumbre sobre los motivos de la fe, desde el momento en que llegamos á convencernos de las siguientes verdades:

Dios existe:
No puede engañarse ni engañarnos:
Ha revelado tal ó cual cosa.
La Iglesia existe:
Tiene una mision divina.
Esta mision la constituye infalible.
Ha definido tal ó cual punto.

Para comprender la verdad y sentir la evidencia de todas estas proposiciones, bastan los recursos naturales: el uso recto de la razon nos suministra juntamente los datos y el criterio; y así este como aquellos nos ponen sin esfuerzo en la posesion tranquila de la verdad.

No nos detenemos en demostrar particularmente cada uno de los principios que quedan enunciados, porque ya lo hemos hecho en las obras que preceden, y que hemos anticipado para que sirvan de antecedentes á las que siguen.

En la obra que tiene por título *Estudios fundamentales*

1 En nuestra obra intitulada: Estudios fundamentales sobre el hombre. Libro II.

sobre el hombre, considerado bajo el triple aspecto de la religion, de la moral y de las leyes, demostramos filosóficamente, en el libro segundo, que Dios existe, que no puede engañarse ni engañarnos. En los libros sexto y sétimo probamos la necesidad, posibilidad y existencia de la revelacion, hablando separadamente de los libros y sus autores, de los enviados y su mision, de la religion y su plan. De esta manera probamos igualmente la existencia, mision divina y autoridad infalible de la Iglesia católica. Todo esto reune y fija de tal suerte nuestras convicciones en favor de la existencia y verdades reveladas por Dios y definidas por la Iglesia, que no podemos rehusarles el homenaje de nuestro entendimiento, por oscuras y misteriosas que sean en sí mismas las cosas reveladas; y por esto dijo el apóstol San Pablo, que el homenaje de nuestra fe á la verdad infinita del Señor, es un *obsequio racional*.

CAPITULO III.

OSCURIDAD DE LA FE.

La fe es tan clara y evidente en sus motivos de credibilidad, como impenetrable y oscura en los grandes objetos que propone á nuestra razon. Sus dogmas fundamentales se han designado, y con mucha exactitud, con el nombre de misterios, porque el entendimiento mas privilegiado es incapaz de analizarlos y comprenderlos. Sin embargo, estas tinieblas encierran, por explicarnos así, un torrente de luz para las inteligencias fieles, al paso que sirven de pretexto á los talentos orgullosos de la incredulidad, para combatir osadamente desde los primeros principios hasta las mas remotas consecuencias de la religion cristiana. Desalojados sucesivamente de todos los puntos en que habian querido fortalecerse contra la verdad revelada, se acogieron á las tinieblas de la fe, como á un muro inaccesible al poder de la demostracion evangélica; y por un arte inconcebible, miéntras los antiguos sábios del gentilismo arrastrados por el poder de sus inducciones consagraban sus homenajes religiosos al *Dios desconocido;* los filósofos de la edad moderna se han empeñado en suprimir á Dios del catálogo de los seres, porque se halla cubierto por mil partes con las sombras del misterio. ¡Extraña contradiccion de la naturaleza humana! reconocer la existencia de Dios en la necesidad de